

conjunto de la obra. Me limito a señalarlos por la utilidad que representen para futuras ediciones. Así, en la enumeración de las Audiencias que estuvieron en cierta forma bajo la jurisdicción del virreinato de México (p. 50) se omite la de Caracas, que lo estuvo durante algún tiempo a fines del siglo xvi. El conde Muraviev, ministro del zar Nicolás II, no pudo haber tomado la iniciativa de la Segunda Conferencia de La Haya de 1907 (p. 66), pues había fallecido en 1900. Es cierto, sin embargo, que la convocatoria para aquella reunión partió de Rusia, si bien habría que dar el crédito de la iniciativa al presidente Teodoro Roosevelt. El archipiélago de las islas Hawaii, si bien estaba colocado cerca de la ruta del galeón de Manila (p. 134), no fue descubierto por los españoles, por un azar increíble de la navegación. Por último, estrictamente hablando, María Teresa no fue emperatriz de Austria (p. 13).

Lo anterior no resta mérito alguno a este valiosísimo libro, cuyas páginas todas son un testimonio más de la erudición jurídica, del talento de internacionalista, y de la maestría en el uso de la lengua, que caracterizan a la obra hablada y escrita del doctor Gómez Robledo. Los apéndices documentales (pp. 297-407), que incluyen muchos documentos hasta ahora prácticamente desconocidos, constituyen un atractivo más de este volumen, al que debe desde ahora reservarse un lugar especial en toda biblioteca digna de ese nombre.

Luis WECKMANN

TRES LIBROS ALEMANES CON TEMAS AMERICANOS Y ESPAÑOLES

Friedrich KATZ: *Deutschland, Díaz und die mexikanische Revolution*. [Alemania, Díaz y la Revolución Mexicana]. Berlín, Deutscher Verlag der Wissenschaften, 1964. 515 pp.

La obra se compone de diez capítulos: El desarrollo de México hasta el golpe de Estado de 1876 —La época del régimen Díaz— Alemania y México de 1876 a 1910 —La revolución de 1910 y el gobierno de Madero— El régimen huertista y la segunda etapa de la revolución mexicana —México en los años 1914-1916— Las relaciones germano-mexicanas en los primeros tres años de guerra —La política alemana en México desde la intervención bélica de U.S.A. La actitud del gobierno mexicano en la Primera Guerra Mundial—. La postguerra (1918-1920).

Aunque el volumen forma parte de la "Serie de publicaciones de Historia general de la Universidad Humboldt", su concepción es de tendencia política de partido. Abarca un cúmulo respetable de datos valiosos extraídos de fuentes éditas e inéditas. El interesante tema parece estar apuradamente elaborado. El autor, después de expresar en primer término su "especial gratitud al gobierno de la República Democrática Alemana por la generosa ayuda" y de seguir "las indicaciones y sugerencias de los profesores de la Universidad Karl Marx de Leipzig" se esmera en condenar "la agresión alemana en América Latina", exhibir "la penetración germano-imperialista en México" y ofrecer a México "la sincera amistad de Alemania oriental, de la Unión Soviética y de todos los países socialistas". Al mismo tiempo ataca al imperialismo yanqui, "cuyo conocimiento sería incompleto si no se conectaran sus aspiraciones de conquista en América Latina con la 'Weltpolitik'" practicada en las cancillerías alemanas de antes y después de 1914. El tema es de amplia envergadura, digno de profundas investigaciones. Katz afirma que "ningún Estado latinoamericano" ha sufrido en el siglo XIX tantas calamidades intervencionistas como México. Hay que demostrarlo. Y las vicisitudes de pueblos y gobiernos no se dejan valorar comparativamente. Casi todas las naciones latinoamericanas han sido víctimas de intervenciones diplomáticas y militares. Alemania o, mejor dicho, Prusia, intervino con sus navíos de guerra no sólo en Venezuela y Nicaragua. Ya a mediados de siglo XIX su diplomacia estuvo tramando planes de conquista en toda la América del Sur, planes asistidos por la marina alemana. La cancillería de Berlín jugó entonces con la idea de "establecer colonias penales para delincuentes" alemanes en la República de Chile. Asimismo convendría estudiar la participación diplomática prusiana en el Imperio de Maximiliano de Austria en México, tendiente a crear un eje con el emperador de Río de Janeiro, también ligado a los Habsburgo. Durante todo el siglo pasado existieron aspiraciones de dominación germana en América, inclusive en los Estados Unidos. (Bajo la influencia de la inmigración alemana, que llegó a infiltrarse en el gobierno de Washington, se intentó promover un movimiento plebiscitario para decidir si el idioma oficial de la patria de Franklin, Jefferson y Washington debía de ser el inglés o el alemán. Y el porcentaje pro lengua alemana fue enorme.) Katz no cita los hechos anteriormente señalados.

Empeñado en buscar antagonismos y rivalidades entre los sistemas expansionistas de uno y otro imperio, ridiculiza al imperialismo londinense que durante la Primera Guerra Mundial se había conmovido por los checos y eslovacos, oprimidos por

Austria, mientras el imperialismo germano abrazaba el apostolado irredentista de India e Irlanda, aspirantes también, como los checos y eslovacos, a la independencia nacional. El autor no nos explica la razón de estas actitudes. No ahonda el problema de las nacionalidades subyugadas, ávidas de libertad. Ni descubre los compromisos habidos entre dichos pueblos con las potencias enemigas de sus opresores. El autor olvida que los próceres latinoamericanos se habían dirigido a la corte británica, enemiga de la corte madrileña, en demanda de ayuda político-militar para independizarse de España.

Subestimando las corrientes de amistad que unen a México con Bonn, el autor afirma, sin demostrarlo, que "la mayoría de los revolucionarios mexicanos y sus herederos políticos y espirituales sienten gran desconfianza por Alemania Occidental" ¿Y el creciente volumen de relaciones económicas y culturales con Bonn? ¿Y el resonante éxito de la exposición alemana en la Ciudad Universitaria de México en 1954?

Las aspiraciones alemanas de conquista no arraigaron en América Latina, pese al esfuerzo realizado para incorporar en sus planes a las instituciones eclesiásticas alemanas, a la prensa alemana y a las escuelas alemanas desparramadas por todo el continente americano, factores importantes que Katz parece ignorar.

A pesar de que ha vivido en México y ha consultado fuentes mexicanas y reunido testimonios mexicanos, no ha comprendido el hondo significado humanista de la Revolución Mexicana. Sólo así se explica su afirmación de que "antes de la revolución castrista, la revolución mexicana ha sido la de mayor trascendencia transformadora". El autor olvida que la Revolución Mexicana, auténticamente mexicana, primera Revolución social de nuestro siglo, hecha por mexicanos para mexicanos, se efectuó sin ayuda extranjera y en pugna violenta con un mundo hostil.

Igualmente inexacta es la tesis que "las inversiones de la República Federal Alemana represente para la balanza mexicana de pagos una carga pesada, porque sólo una parte minúscula de ellas queda reinvertida en el país". El autor no puede ni debe ignorar que el control hacendario de las autoridades mexicanas regula las normas de las inversiones extranjeras e impide que, como otrora, sean utilizadas en detrimento de los intereses nacionales.

La política alemana en México de 1870 a 1920 es digna de ser estudiada con mayor conocimiento de causa. Las convicciones ideológicas de un autor no deben ofuscar la visibilidad del horizonte que admira ni la profundidad del océano que bucea.

Manfred Kossok: *Im Schatten der Heiligen Allianz. Deutschland und Lateinamerika 1815-1830*. [A la sombra de la Santa Alianza. Alemania y Latinoamérica 1815-1830]. Berlín (zona soviética), Akademie Verlag Berlin, 1964. 258 pp. (Estudios de la Historia Colonial e Historia de los Movimientos de Liberación Nacional.)

Se trata, digámoslo sin preámbulo, del primer testimonio germano-hispano-lusoamericano históricamente concebido por un investigador alemán de amplia cultura y sólida preparación; de un estudio serio y fecundo relacionado con los primeros quince años de contactos políticos y económicos de los diversos Estados alemanes (Prusia, Hansa, Baviera, Mecklenburgo, Hannover, Sajonia y Wurtenburgo) con Centro y Sudamérica. El autor nos presenta una documentación fidedigna, metódicamente elaborada, que revela el despertar de naciones con ansias de sacudir yugos, de erigir baluartes de paz y justicia, de conquistar airoso un sitio de honor en el concierto de naciones ya constituidas en uno y otro continente. Kossok sabe comprender la lucha emancipadora de las "colonias insurgentes", ávidas de libertad política, independencia económica y soberanía nacional. Por eso censura ciertas actitudes expansionistas alemanas, tendientes a dominar los nuevos mercados sin reconocer a los gobiernos en formación.

El período que abarca la obra (1815-1830) coincide con el fervor diplomático de la Santa Alianza jurídico-dinástica e históricamente legitimista, retrógrada por naturaleza y, por ende, enemiga del espíritu revolucionario que conmueve los cimientos de una sociedad caduca. Surgida como valladar contra las invasiones napoleónicas y como corte suprema para dirimir conflictos dinámicos en pugna, se enfrenta asimismo con las influencias liberales imperantes en toda la superficie europea. Se siente amenazada de peligros, también después de la derrota napoleónica. Se estremece ante el pensamiento de una América republicana. Y Prusia, parte integrante de la Pentarquía de la Alianza, aconseja a las demás potencias europeas no supeditar la cuestión hispanoamericana a los intereses monárquicos. El autor señala el tejemaneje diplomático de dichas potencias, intenta desenredar sus intereses en pugna, subrayar sus peculiaridades y revelar el papel jugado al respecto por los distintos Estados alemanes que apetecen los nuevos mercados, pero temen romper con ellos el equilibrio internacional desesperadamente sostenido.

Particular mención merecen las negociaciones entabladas por México, Gran Colombia y países rioplatenses con los agentes diplomáticos y consulares alemanes residentes en Inglaterra. Siguiendo la tradición de Miranda, Bolívar y San Martín, Londres había sido convertida en sede principal de la neodiplomacia hispanoamericana. Y en Londres mantuvo el prócer mexicano Manuel Eduardo Gorostiza relaciones confidenciales con los representantes hanseáticos para el establecimiento de un tratado de comercio y navegación. Análogos fines perseguían los otros agentes hispanoamericanos en Europa, unidos todos ellos por idénticos anhelos: reconocimiento formal, comercio y navegación sin trabas, relaciones políticas y económicas basadas en la reciprocidad. Gorostiza se mantenía en contacto con sus colegas americanos. Había solidaridad entre ellos. Hubo un intercambio de ideas e informaciones aunque no hubiese aún relaciones diplomáticas entre los gobiernos hermanos. Esa solidaridad se manifiesta vehementemente por el argentino Bernardino Rivadavia en una carta enviada al Príncipe de Metternich a la vigilia del Congreso de Aguisgrán. Rivadavia solicita el reconocimiento de todos los gobiernos hispanoamericanos, en cuyo nombre se permite hablar. (Es un documento altamente significativo que Kossok no cita, quizá por no conocerlo.)

Kossok se revela como historiador en potencia. Sabe combinar con heurística maestría el caudal de datos acumulados; utiliza bilateralmente fuentes americanas y fuentes europeas, aunque el fundamento de su obra gravite, principalmente, en la concepción europea. Pese a ello y a los cánones ideológicos preconcebidos que profesa, el autor brinda, con clara visión y sobrio estilo, una valiosa aportación a nuestra historia.

Joachim FERNÁNDEZ, O.F.M.: *Spanische Erbe und Revolution* [Herencia española y revolución]. La concepción del Estado y de la sociedad de los tradicionalistas españoles del siglo XIX. Münster, Aschendorffsche Buchdruckerel, 1957. 127 pp. (Publicaciones de Ciencias Sociales. Cristianas de la Universidad Westfaliana Guillermo de Münster.)

Con doliente añoranza por la España de los Habsburgo, cuya meta suprema, cree el autor, era la conservación y el fomento de la fe religiosa, observa con disgusto el espíritu "progresista" de los borbones llegados a España, al despuntar el siglo XVIII para entronizarse en la corte madrileña "a costa del catoli-

cismo". Desde entonces el tradicionalismo español, vulnerado por el centralismo y la ilustración francesas, se ve amenazado en su integridad. De otra parte, el tradicionalista Fernández, doctor en teología y doctor en filosofía, no deja de reconocer al borbón Fernando VI el mérito de haber establecido depósitos de granos para favorecer a la gente humilde e incrementar la agricultura, la industria y el comercio. De todas maneras, no puede olvidar que con el advenimiento de la nueva dinastía, el tradicionalismo español —que, según el autor, no es una corriente reaccionaria—, carente de fuerza renovadora se estanca y retrocede ante la pujanza de ideas liberales, precursoras del movimiento socialista español. Cádiz, 1812, anota Fernández, tampoco fue tradicionalista ni eclesiástico. El entusiasmo religioso de las masas había decaído, la Inquisición paralizada, la escolástica entumecida. Igualmente las universidades, instrumentos del racionalismo, fueron presa de catedráticos liberales. Todo el siglo XIX, antitradicionalista, representa para Calvo Serrero y García Morente "el fin de la enfermedad espiritual europea" con su secularización de la vida, el laicismo y el positivismo. Y si hasta mediados del siglo XIX la monarquía no fue formalmente amenazada, Feijóo y Jovellanos ya habían circunscrito la competencia del soberano. Y si Fernández rechaza la actitud española ante las guerras napoleónicas, escritores como Laín Entralgo, Sánchez Agesta, Suárez Verdaguer y Fernández Almagro consideran la cruzada de 1808 como una consecuencia histórica de la sociedad española.

El tradicionalismo, anclado en la catolicidad, había perdido mucha fuerza y disminuido su influencia política y social. En la no solucionada cuestión obrera veía un peligro grave, aunque desconocía la trascendencia económica del problema. Para el tradicionalismo, la cuestión obrera era más bien el síntoma de un desequilibrio de la sociedad.

El liberalismo había iniciado su marcha ascendente. La filosofía social de Krause, nutrición principal de los liberales, fue, recalca el autor, una especie de tradicionalismo laicista. Luego apareció el "liberalismo católico" de Costa, la angustia de Kierkegaard y Unamuno, juntamente con la conciencia laicista de Krause. Las consecuencias prácticas de la generación del 98 fueron lamentables: meditaron sobre la nación y llegaron al separatismo, conjuraron a la hispanidad y favorecieron al socialismo, se ahondaron en la historia española y fundaron la república. Y luego sigue: conocemos los resultados de la política liberal. Pero no sabemos si la realización del programa tradicionalista hubiese dado mejores resultados. Liberales y tradicionalistas anhelaban la "verdadera España", ambos apelaban (como era

costumbre en el siglo XIX) a la tradición, como después de ellos haría parecidamente la generación del 98. Los resultados electorales fueron falsificados bajo los regímenes liberales. Nadie sabe si un gobierno tradicionalista no hubiera hecho lo mismo.

Fundiendo las propias convicciones con los preceptos de los grandes teóricos del tradicionalismo español (Aparisi, Balmes, Donoso y Mella), el autor llega a las siguientes conclusiones: los elementos fundamentales de la nación española son la tradición, el catolicismo, la monarquía; el individuo y la sociedad están constituidos en dependencia absoluta de Dios; la sociedad está obligada a ser religiosa, y sólo la religión verdadera goza el derecho de ser reconocida por todos los gobiernos; autoridad y sociedad emanan de Dios, etc., etc.

Por lo visto, el dos veces doctor Joaquín Fernández parece haberse estancado en el Concilio del Toledo, resuelto a someter la potestad real al obispado español.

Iso BRANTE SCHWEIDE